

DOCE SOLES

II. TUBULARES



Amaya García - Alberto Mínguez

edebé

DOCE SOLES

II. TUBULARES

DOCE SOLES

II. TUBULARES

Amaya García - Alberto Mínguez

edebé

© Texto, Amaya García Arregui y Alberto Mínguez Espallargas, 2022

© de la edición: Edebé, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: Shutterstock/Freepik

1.ª edición, noviembre 2022

ISBN: 978-84-683-5647-1

Depósito legal: B. 10975-2022

Printed in Spain

Impreso en España

Las imágenes se han realizado con ayuda de OpenAI.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A nuestros hermanos.



Las perturbaciones humanas solo se aplican a los robots como románticas analogías.

ISAAC ASIMOV, *Yo, robot*

Los daños ya causados eran irremediables, pero al menos no se volverían a cometer.

URSULA K. LE GUIN, *El nombre del mundo es Bosque*



ÍNDICE


PRIMERA PARTE

I. BAJO PRESIÓN	16
II. <i>GET BACK</i>	22
III. <i>ECHECS</i>	44
CALYPSO	52
WENCHANG	57
52 AÑOS ANTES.....	60
IV. PULSOS	64
V. X-KIMO	88
WENCHANG	109
30 AÑOS ANTES	113
21 AÑOS ANTES	118
VI. HAMBRE Y COSQUILLAS	126
VII. VIVE RÁPIDO, MUJERE JOVEN	150
9 AÑOS ANTES	172
VIII. LAS CARTAS SOBRE LA MESA	177
WENCHANG	183
IX. DESPERTAR	192
7 AÑOS ANTES.....	217
X. PERDIDOS	223
6 AÑOS ANTES	231
XI. LOS MISTERIOS DE BOCA	
DE BALLENA	237
XII. <i>HETEROCHROMIA IRIDUM</i>	258

SEGUNDA PARTE

XIII. FLOR VERDE	284
XIV. NO HAY CONSUELO	303
CALYPSO	316
XV. LAS MARCAS DE LA CIVILIZACIÓN..	319
XVI. BAJO LA FALDA DE LA MONTAÑA .	339
XVII. 12-11-10-9-8	352
XVIII. LUZ-O	380
XIX. EL AMANECER DE LA GIGANTE.....	397
XX. SUGUS.....	416
CALYPSO	421
5 MESES DESPUÉS	429
XXI. LA BATALLA DE ACANTILADO ALTO.....	433
XXII. SEGUNDA OPORTUNIDAD	454
CALYPSO, CUATRO HORAS ANTES	459
BOCA DE BALLENA.....	463
CALYPSO, CUATRO HORAS ANTES	467
CALYPSO / MARLÍN NEGRO	473


CALYPSO. Saturno



Eri Yamahashi (JAP)

Divesh Pingala (IND)

MARLÍN AZUL.
Encélado



Roméo Devauchelle (FRA)

Clarice Neiva (BRA)

Nivor Levski (RUS)

Taisea Bowens (EE.UU.)

MARLÍN NEGRO.
?



Sol Sierra (ESP)

Zack Woods (GBR)

Ling Min (CHN)

Amador Ventura (MEX)

Loubna Meyneb (MAR)

Hekla Katlabur (ISL)

Despacho Zhenyi, Centro de Lanzamiento de Satélites de Wenchang, China, 16 de junio de 2048, 6:07 h

Frente a una cristalera, un hombre contempla el mar¹ sentado en una butaca de diseño. Detrás queda la mesa de trabajo, el área de visitas y la puerta que cierra su despacho. El hombre, de mediana edad, ve las olas romper en un muelle cercano. En torno a este, el agua se ondula en crestas de espuma amarilla; más allá el mar adquiere un tono poco salubre. A lo lejos, la línea del horizonte se funde en el gris de una mañana tormentosa.

No le gusta el mar, nunca le ha gustado. Siempre ha vivido (una vida intensa, no cabe duda) en dos tipos de lugares: grandes ciudades y estaciones orbitales. Es un hombre de hormigón y módulos de ensamblaje. Lleva bien los espacios cerrados, condición indispensable para prosperar como astronauta.

Ahora mira el mar fijamente. Ha juntado las yemas de los dedos, la nariz le roza los índices. Muy lejos de allí, en un mar muy distinto, diez niños exploran los primeros signos de vida alienígena que la humanidad ha descubierto. Aún tiene pocos datos, pues los niños se encuentran casi incomunicados: están en el fondo oceánico de un satélite de Saturno, a mil doscientos millones de kilómetros de la Tierra. Otros dos niños, expertos en comunicaciones y pilotaje, esperan en la nave nodriza noticias de sus amigos sumergidos. Ellos han hecho de intermediarios con la Tierra, y tampoco saben más por el momento.

1 Los fragmentos sobre los hechos sucedidos en Encélado y la Tierra, así como las imágenes de esta obra, han sido creados por una Inteligencia Artificial.

El hombre no tiene hijos. Ha entregado su vida a la ciencia. Puede incluso que haya tenido muy pocas amantes. Amigos, sí. La mayoría científicos como él, todos involucrados en la exploración del espacio. Sabe que sus pasos han sido importantes en esa larga marcha, aunque también modestos en cierto sentido. La edad, junto a sus buenos resultados, le han reservado un buen puesto en la administración. No se oculta que este cargo le queda grande, y ahora más que nunca. En comparación con sus propios méritos, el hallazgo de los niños es monumental: han dado con una esfera perfecta, gigante, escondida en el fondo de la luna, quizá acompañada por otras esferas más pequeñas. No tiene ni idea de qué pueden ser tales cosas.

Solo espera que los niños den noticias pronto y vuelvan a la protección de la nave grande, la Calypso. Está intranquilo. No le gusta el mar, no le gustan los niños y esos no son sus hijos. Pero con esos doce críos le sucede algo: los admira. Y como jefe de la misión Lunae 2, él es además el responsable indiscutible de sus vidas.

Una llamada interna lo sobresalta. La butaca gira y Baldo Spielmann, con barba canosa de unos días, abre la línea. Una mano se le crispa sobre los papeles al oír la voz entrante. Responde con un cabeceo y se levanta.

Acude con paso rápido a Control de Misión. Tiene un mal presentimiento. Cuando llega, hay operadores apiñados frente a una fila de monitores. Los empleados se apartan al verlo, un pasillo se abre entre la gente y una de las pantallas. Es la imagen captada por la Calypso del polo sur de Encélado. La corteza refulge de blanco y el fondo es de un negro total, el negro del espacio.

En lugar de mirar la imagen, todos los técnicos lo mi-

ran a él. Mala señal. Spielmann aguarda, desconcertado, a que alguien le explique qué está sucediendo. Un operador sale de entre los demás y manipula la imagen. Marcha atrás, cámara lenta.

Baldo Spielmann se inclina hacia la pantalla. Un punto del relieve de Encélado se abomba y de allí emerge una estructura esférica, blanquecina, como un huevo eclosionando en otro huevo. El objeto esférico tiene un tamaño considerable. No le hace falta ver más para adivinar qué es. Pero cuando cree que ya lo ha visto todo, entonces ocurre: el huevo alienígena se mantiene unos segundos suspendido sobre la superficie helada de la luna y, al cabo, desaparece.

Desaparece.

Media hora después recibe un comunicado de Roméo, el niño que ha iniciado la escapada a Encélado y capitán de una de las naves sumergidas. El comunicado trae noticias. No son buenas.

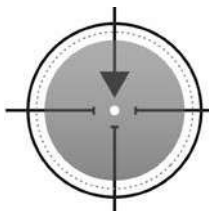






PRIMERA PARTE

I. BAJO PRESIÓN



No existen los viajes en el tiempo. Solo existe el tiempo de los viajes, y para cierto tipo de viajes habría que hablar en plural: tiempos.

Así fue entonces: tres facetas se anudaron en aquel primer viaje, un vuelo por caminos invisibles a través de las estrellas.

Ninguno entendíamos qué había ocurrido, cada signo del presente se añadía a nuestra confusión. Y sin embargo, por mucho que el aquí y el ahora carecieran de sentido, yo sabía. Sabía, como nunca, lo que quería hacer: volver.

—PELIGRO. PRESIÓN EXTERIOR 400 BARES —alertó Kumi.

Al principio ni me di cuenta de haberlo oído. Nada parecía haber cambiado. Seguíamos atrincherados en el Marlín, que flotaba dentro de la enorme nave blanca, junto a las doce esferas. En posición de icosaedro, estas no emitían frecuencias, no brillaban, no hacían nada.

Yo tampoco hacía nada, pero me sentía desbordada. En mi cabeza, por ejemplo, se estaba produciendo un rebobinado, un espasmo de la memoria. Desgranémoslo: una de las facetas del viaje consistió en eso, un recuerdo o golpe de añoranza. Nos vi a nosotros en la nave y vi a esta saliendo de

un remolino, vi el descenso del huevo y la apertura de sus puertas, vi un fondo lunar envuelto de agua. Mucha agua.

Vi el viaje al revés y también una mano en el agua. Conocía esa mano y pensé: «Otra vez». La mano de Clarice me buscaba y otra vez no pude alcanzarla.

Fue como meter la cabeza en una batidora.

Eso (naves, puertas, agua, mano) no fue lo único. Como he dicho, estaba desbordada.

La segunda faceta del viaje me proyectaba hacia delante, hacia otra parte: el deseo es un medio de transporte, y el viaje en la nave blanca no solo podía trasladar cuerpos por el espacio, sino que echaba a volar las mentes.

En mi caso fue así: estaba con los ojos abiertos al lado de Zack, fijándome en los datos del navegador y aún asustada por la cercanía de las esferas. Las teníamos casi encima a las condenadas. Solo mirarlas ya era un esfuerzo; mi piel pesaba tanto que quise tumbarme en el suelo, pero resistí. Y mientras deshacía mentalmente nuestro ingreso en el huevo, luchaba contra aquello que tiraba de mí hacia abajo, controlaba la información del crucero y debatía con mis compañeros sin retener lo que nos estábamos diciendo, me puse a pensar en volver. Ya no recuerdo si se trataba de volver a la Tierra o de volver a la luna, pero seguro que era sobre volver a algún lugar, de cualquier forma y cuanto antes. Más que un pensamiento fue un apremio: como la sed. Necesité volver enseguida. Volver toda. Para siempre.

No sé qué sintieron los demás. Zack y yo nos miramos. Tenía los ojos nublados, como si él también hubiera recordado algo o como si lo deseara tanto como yo. Tal vez como si deseara, incluso, lo mismo que yo. Yo me había criado sola: Sol, Sole, Soledad. Pero, por un instante, tuve un hermano.

—PELIGRO. PRESIÓN EXTERIOR 410 BARES —volvió a alertar Kumi.

—Tenemos problemas —dijo Min desde atrás.

Ahí es donde acabó el mientras, el durante. La aguja del presente atravesó recuerdos y promesas para dejarnos a solas con su fría tersura, con toda su urgencia. Tercera faceta del viaje: ruidos de metal abombándose sobre nuestras cabezas. Estábamos en un aprieto. Literal.

—Sí. —Zack se removió en el asiento, intentaba centrarse—. La presión...

—¿Cuánto aguanta el Marlín? —pregunté.

—500 bares —respondió Amador—. A partir de ahí... empezará a resquebrajarse.

Otra ráfaga de chirridos. Después, un silencio que pudo ser largo o corto. Seguíamos aturdidos sin saber por qué. De algún modo que escapa al lenguaje y la comprensión humanas, las tres facetas del viaje se habían dado (se estaban dando; se darían) de forma simultánea. Ingresar en un tiempo lineal fue como apearse de una embarcación tras varios días de marejada.

—Debe de estar entrando agua al huevo... por algún lado... —dijo Loubna en la última fila. Habló arrastrando las palabras.

—No puede... ser —repuso Amador—. Sol, comprueba que no sea un malf... malfuncionamiento de Kumi. Ah, me cuesta...

—¿Por qué... nos pesa el cuerpo? —jadeó Hekla. ¿Cuánto rato llevábamos así? Imposible de determinar. Tan imposible como decir de qué habíamos estado hablando minutos antes—. ¿Es la presión?

—No. —Min se desató el cinturón y se puso en pie con dificultad—. La gravedad. Es distinta.

Zack tenía los codos apoyados en la consola del piloto. Levantó la vista y asintió con lasitud. Fui a ponerle una mano en la espalda, pero el brazo se me cayó por el camino. Pesaba demasiado. Opté por hacerle caso a Amador y dirigí mis manos al panel de navegación, que estaba más cerca.

—A Kumi no le pasa nada. Está..., ah, subiendo la presión —anuncié, y luego tuve que tomar aire para recuperarme.

—En ese caso..., preguntadle por la gravedad —pidió Amador.

Zack se irguió resollando en el asiento.

—¿Es muy grave, Kumi? —dijo.

—Nooo —corrigió Amador—. Que cuál es... la gravedad. ¡La del lugar, diantre!

—Ah, vale —dijo Zack—. Pues...

—1,4g —leí.

A mi lado, Zack se sujetó la cabeza con las manos.

—No estamos en el sistema solar —musitó Amador.

Me volví hacia él como un escayolado de cuerpo entero.

—¿Qué has dicho?

El labio inferior de Amador palpitó. 1,4g: más gravedad que en la Tierra, muchísima más que en Encélado. Ningún cuerpo celeste de nuestro sistema tiene una gravedad de 1,4g.

—Que no estamos... en el sistema solar.

—PELIGRO. PRESIÓN EXTERIOR 420 BARES.

Loubna rio indignada. Miraba a Amador negando con la cabeza, los ojos ardientes. Eso también me hizo recordar.

—La presión nos va a machacar y tú nos vienes con bromitas —le dijo a Amador.

Él no contestó.

—Da igual dónde estemos —intervino Min, que volvió a sentarse—. Hay que salir de aquí. No nos queda mucho margen.

—¿Salir? —dijo Zack juntando los codos sobre el regazo, como si padeciera del vientre—. ¿No lo has oído? ¡No estamos en casa! ¿Adónde quieres ir? Salir... —Me pareció que quería seguir quejándose, pero no tuvo fuerzas para hablar más.

Hekla se tocaba los músculos en actitud evasiva.

—Debo de pesar unos ochenta kilos —dijo.

—Zack —protestó Min—, ¡el Marlín se rompe!

Miré las esferas. Nos habían enseñado a enfrentarnos al miedo, a controlar nuestros monstruos. El entrenamiento nos había cosido la lógica del simulacro allí donde había extirpado la espontaneidad. En la Calypso, recrear todo lo que podía salir mal llenaba nuestros días. Anticipábamos problemas y nos preparábamos para resolverlos desde el desayuno hasta la cena, construíamos planes de emergencia con un chasquido de los dedos. Vivíamos en un útil y perpetuo catastrofismo. Pero a nadie en la WASA se le había ocurrido entrenarnos por si nos secuestraban los marcianos.

—El huevo es de una inteligencia muy superior —comenté—. Podemos tratar de abrir las puertas pero..., si lo conseguimos, no sé qué nos espera ahí fuera. Aviso.

Un nuevo crujido de las paredes espabiló a Zack.

—Por mí como si nos dan un recibimiento por todo lo alto —dijo comprobando el estado del Marlín en el panel principal.

—PELIGRO. PRESIÓN EXTERIOR 430 BARES.

Cuanto más se estrechaba el margen, más vaporoso era el dilema. Al ritmo en que subía la presión, el agua nos espachurraría antes de que pudiéramos idear nada. El cambio gravitatorio no contribuía a nuestro dinamismo. Me encorvé sobre el asiento. Los fémures se me clavaban en la tapicería y los codos en los muslos. La lengua colgó entre mis dientes como un péndulo de hierro.

—¿Ya está? —preguntó Hekla—. ¿Va a ser... así?

El silencio que siguió a eso fue horroroso. No estábamos resignados a morir, pero apenas podíamos movernos. No nos importaba correr el riesgo de visitar un rincón desconocido del universo, pero no nos quedaba tiempo para intentarlo. No había esperanza. Nos íbamos a las tinieblas.

Mi cuerpo luchaba contra el abrazo del aire; mi mente, contra la inminencia del desastre. Me mordí la lengua para contener un ataque de furia. La visión del agua, la mano y el ansia por volver me asolaron de nuevo. Mi vida pasada en el espacio exigía una segunda oportunidad. No se trataba de repetirla, sino de retomarla. Era consciente de que no podría volver nunca al punto de partida, pues, al hacerlo, yo ya no sería la misma. Nadie regresa igual de un gran viaje. Distinta o no, quería seguir existiendo.

—PELIGRO. PRESIÓN EXTERIOR 430 BARES —repitió Kumi. Despegué la cara de los dedos: 430 bares, otra vez.

—¡La presión se ha estabilizado! —anunció Amador.

Adrenalina en nuestros circuitos. Nos movimos en los asientos y dejamos de parecer fardos. Min se levantó una vez más.

—Mirad —dijo.

Frente a nosotros, en la pared diáfana de la nave huevo, surgió lo que necesitábamos. Una línea. La línea negra se alargó y se ensanchó con una fluidez pasmosa. Cuando la franja que teníamos delante dejó de crecer, las doce esferas salieron del huevo sin producir ruidos o frecuencias.

El panel de navegación se mostraba en calma. El sonar tampoco indicaba nada. Me volví hacia Zack y él me miró con aquella curiosidad inocente.

Ahí estaba. Mi segunda oportunidad.